

CUADROS SUDAMERICANOS

UN LIBRO DE JOSE CEPPI (Anibal Latino) 1888 (*)

Como muchos de los libros que ofrecen material para el estudio de los hombres inmigrantes en el siglo pasado, este de José Ceppi también reúne artículos que originariamente aparecieron en revistas o diarios. De aquí la diversidad de sus temas escritos en circunstancias distintas. Y añádense a esa diversidad, otros tópicos ajenos al asunto central del libro, tal por ejemplo, ensayos sobre periodismo, letras y arte, que se apartan de los problemas que interesan en nuestro caso. Por lo tanto, es indispensable espigar en el transcurso de sus 441 páginas las que contienen informaciones que darán materia válida para recrearlo extractando un conjunto uniforme que se mantenga dentro de unidad temática: tal sería la labor del que dentro de un cesto de frutos diversos extrajera los de una misma especie para agruparlos por separado. Si con el correr de los años se llegara a la conclusión de que dentro de las colecciones de libros con asunto argentino debe organizarse una biblioteca con los que tratan sobre inmigrantes y colonias, el de Ceppi podría ofrecer una serie de cuadros que, reunidos con el criterio expuesto, formarían un interesante opúsculo, de

(*) José Ceppi, que firmaba con el seudónimo Anibal Latino, nació en Italia. Actuó como periodista en España después de estar en Francia. En Lérida, dirigió "El País" combatiendo de hecho armado contra los carlistas. En nuestro país, ingresó a la redacción de la Nación en 1884, de la que fué jefe, desempeñando en ocasiones el cargo de director. Publicó en 1885, "Tipos y costumbres bonaerenses"; en 1888 "Cuadros sudamericanos"; en 1901 "Gentes y paisajes de Italia"; en el mismo año, "Lejos del terruño"; en 1909, "La Heroína del sud".

ninguna manera desdeñable. No es posible determinar con exactitud hasta dónde pudo cumplir el autor su propósito al escribir sobre los inmigrantes italianos y sobre Italia: "para hacer apreciar por los europeos y sobre todo por los italianos, esta América que tantas esperanzas fomenta, y tantas promesas contiene con su exuberancia de sabia y de vida; y hacer apreciar a los americanos la Europa, valorándose a Italia". Conocidos son los artículos de Sarmiento de 1881 a 1888, escritos para defender la orientación argentina que debía mantenerse e imponerse a las escuelas de la *colonia* italiana, artículos que, inspirados en el bien del país, no carecen de cáusticas observaciones aunque en el fondo nótase una indudable simpatía por los que luego, al inaugurarse la estatua de Mazzini en Buenos Aires, pidieronle *due parole*.

No es difícil deducir que en ese ambiente creado "porque Argentina también tenía sus cosas", y porque los inmigrantes numerosos hacían valer la fuerza de su colectividad demasiado reciente como para que perdiera su exaltación patriótica de última hora, en ese ambiente, José Ceppi si no tomó partido en favor de los italianos, tuvo serenidad para mantenerse observador comprensivo que desde Italia siguió la trayectoria de miles de connacionales dispersos en el mundo. "Cuadros Sudamericanos" intituló sus artículos, aunque si le buscara denominación exacta, hubiera aclarado que sus escritos nacieron de observaciones recogidas en suelo argentino. Con tal título, quizá haya deseado apartar un poco la directa militancia de su pluma en asunto que apasionaba a gente de este país, queriendo con ello hacerla más eficaz para lograr aproximación y armonía entre argentinos e italianos, que tal era su objetivo. Y no se limitó a escribir sobre connacionales en Buenos Aires donde los problemas eran más agudos, sino que salió a recorrer los campos y ciudades del interior donde los colonos y trabajadores jornaleros encontraron medio, si no muy propicio, más amplio para mantener sus costumbres y asimilar las nuevas, consustanciándose con la naturaleza del suelo y la vida del nativo. Porque existió diferencia fundamental en el proceso de adap-

tación de los italianos que permanecieron en la ciudad ejerciendo oficios u ocupaciones improvisadas, y en la mayoría de los casos menesteres humildes, y los que partieron hacia los campos a labrarlos. La inmigración italiana de la época que comenta Ceppi, difiere también de aquella otra primitiva, Suíza alemana o francesa, que se embarcaba ya con contratos de colonización y que en cierto grado antes de arribar a nuestros puertos, tenía trazado el programa de su futura actividad como agricultores. Y así, comprobamos que los que colonizaron a partir de 1856 hasta 1870, aproximadamente, fueron familias contratadas: tal los colonos de Corrientes, Esperanza, San Carlos, San Jerónimo, Humbolt, etc. en Santa Fe; San José, Villa Urquiza, etc. en Entre Ríos, que respondían al sistema de colonización artificial, que así se la denominó por diferenciarla de la otra, la espontánea, aunque no era muy exacta la palabra *artificial*.

La inmigración italiana posterior, que permaneció en ciudades o se ubicó en el campo, respondía al segundo tipo, a aquella inmigración atraída espontáneamente por las posibilidades económicas y por informaciones sobre ventajas difundidas en Europa tanto por nuestros agentes como por correspondencias de familiares y conocidos, que habían logrado progresos pecuniarios y bienestar general dentro de estandar de vida superior, si lo comparaban con el mantenido en el país de origen. Esa inmigración pudo caracterizarse por un fenómeno muy común entonces: venían hombres sólo a probar fortuna con la esperanza de realizarla y regresar o para traer luego a sus familiares.

Es el elemento más sufrido, el que no pudo dedicarse a la agricultura y cumplir la finalidad superior de nuestros *estadistas*, y raramente prosperar en industrias. Son los pequeños artesanos, los peones, los comerciantes chicos, los que obraron como intermediarios entre la producción y el consumo y pasaron a formar el grueso de nuestra clase media; o se mantuvieron como peones creando posibilidades a los hijos, que equipararían su situación con la de los artesanos o progresas-

rían en la producción, el comercio, las profesiones liberales. Ese grueso de inmigración italiana, superó a la de otros países en número y se hizo por ello más notable. Es el elemento que estuvo llamado a configurar un nuevo tipo étnico, arraigado ya y que forma gran parte del pueblo, como ciudadanos nativos y progenitores de generaciones para las cuales, ya ni por influencias remotas, Italia significa algo en sus sentimientos y formación cultural argentina, como no sea la emulación que despiertan todas las civilizaciones destacadas.

José Ceppi en "Cuadros sudamericano" nos dejó el testimonio, lo mismo que D'Amicis, de la emigración itálica, con vivo relato del embarque en puertos de su país. Escenas que no por frecuentes dejaban de revestir caracteres conmovedores pues significaban el primer paso hacia tierras desconocidas, la desgarrante realidad de separaciones dolorosas. Y es conveniente conocer ese estado de ánimo porque, si en muchos casos partían hombres que ya nada esperaban en su patria, y que abominaban algunos por la miseria sufrida, era lógico suponer inmediata conformidad en el suelo donde resolverían situaciones personales. Pero luego, cuando la perspectiva delineada con tiempo y realizada con los contornos principales de la vida pasada, se hacía clara en el pensamiento de los inmigrantes, la nostalgia reforzaría los sentimientos patrios de tal manera que el nuevo elemento que trabajaba en nuestro país alimentaba un germen de disconformidad, que Sarmiento documenta en "Condición del extranjero en América". Desconocían nuestra historia, nuestras tradiciones, por eso, hasta un desfile militar pudo ser observado por ellos con criterio excesivamente estrecho. No pesaban en sus conocimientos ni las heroicas luchas por la independencia, ni las bravas guerras civiles con todo su significado progresista. Ni podían tampoco abarcar la realidad de su propia situación en el país donde ellos mismos eran un problema creado para resolver otros, económicos, demográficos, etc. Mientras los criollos veían a su alrededor transformarse los medios de vida e incorporarse nuevas contumbres, mientras los hombres de nuestro pueblo estaban supeditados a movimien-

tos revolucionarios y políticos en los que participaban activamente, muchos "gringos" se sentían "solos y abandonados en un mundo donde tantos seres se aman, sin más alivio que el pensamiento de la patria lejana, de la esposa, de los hijos, de los parientes y amigos que han dejado en Italia" (1). Quizá a ello se deba que, como hombres, hayan esos inmigrantes triunfado en el orden económico, pero que hayan sido sus descendientes los que pudieron contarse como valor más eficaz en los destinos de nuestra nación, porque ellos, ya argentinos de nacimiento, fueron los que participaron en todos los órdenes de la vida política, social y económica, en pleno goce de todos los derechos legales y sujetos al cumplimiento de obligaciones establecidas: educación común, enrolamiento, servicio militar, etc., descendientes para los cuales no existía nostalgia de otra patria lejana, sino preocupación por la propia, que era ésta, y entregamiento a las labores de enaltecerla en el trabajo, en el estudio, y hasta en el sacrificio de la vida si el país en peligro se lo hubiese reclamado. Porque el destino individual formaba parte del destino de la nación argentina, a la que pertenecían.

La preocupación fundamental del inmigrante —obrero en la ciudad o labrador en la campaña— era la de resolver situaciones personales, y muchas veces, con miras a prolongar hacia sus familiares en Europa, el beneficio de su propio progreso.

En muchas páginas de Ceppi, nótase este divorcio, lógico, de los inmigrantes con el ambiente nativo que los rodea. Son representantes de otra nacionalidad, con otra cultura: un cuerpo extraño llegado a amplio medio donde paulatinamente se fundiría, similar a la descomposición química de un conglomerado que origina un grupo distinto.

* *
*

Casi llega a lo emocionante conocer la inminencia del primer contacto definitivo con la tierra nuestra del interior.

(1) "Cuadros sudamericanos", pág. 15.

Ceppi nos lo cuenta desde la cubierta del buque remontando el Paraná. “No bien asomé la cabeza afuera del comedor, la obstrucción del paso por un apiñamiento de personas, los grupos de hombres, cerrados, como haces de leña, en los rincones donde llegaba el calor de la máquina me hicieron recordar que en San Fernando se habían embarcado con destino a Rosario 150 o 200 inmigrantes que todo lo llenaban. Veamos a ésta pobre gente, me dije, en todos los rincones, en todos los huecos, sobre cubierta y debajo de ella, sobre los baúles, sobre los bultos, de pie sentados, tendidos, según el espacio que cada uno había podido disponer, apiñados alrededor de la chimenea del vapor y de la barandilla que defiende el lugar que corresponde a la máquina, se veían cuerpos humanos encogidos, estirados, como deseando empequeñecerse y ocupar el menor sitio posible. Vi algunos tendidos en lugar donde el calor era verdaderamente insoportable y capaz de asfixiarlos o tostarlos, a otros tiritando de frío al aire libre, algunos enfilados entre los huecos de las maletas y baúles o encima de ellos como si desearan convertirse en fardos, y a otros, en fin, más juiciosos, más sufridos o menos cansados, cantar, pasear, contarse mutuamente sus vicisitudes, relatar cosas extraordinarias, hacer cálculos sobre su futuras prosperidades, y engañar en una palabra, hablando, paseando, cantando, las largas horas de la noche. el frío, el sueño y el cansancio. ¡Infelices! Expuestos por más de 12 horas a una temperatura bajísima, hecha aquí más ingrata por un vienteillo que penetra las ropas y los huesos, sin abrigos en que envolverse, vestidos en su mayor parte de verano, escasamente alimentados durante el día ¡qué larga, qué interminable les parecerá la noche! Por fortuna eran en su mayor parte jóvenes, llenos de vida, de robustez, de fuerza, pertrechados por la naturaleza como para soportar por sí solos, sin ayuda de ningún género, las penas más rudas, y acostumbrados desde sus primeros años a incesante persecución de los elementos, y las privaciones más grandes de la vida’”. Esta multitud casi ignara iba al encuentro del destino, de paso por la ciudad para

luego, subida en carruajes y trenes, llegar al pedazo de tierra que labrarían.

La precedieron miles de familias o de hombres sólo, que abrieron los surcos augurales, los más duros de zanjar, y unidos a los hijos del país, sufrieron en la zona sud, 1864, males indígenas de cruel memoria. Los inmigrantes vistos por Ceppi, pudieron llegar a Candelaria, los Desmochados o Cañada de Gómez, que ya eran campiña de paz, con animales y casas que a lo lejos, interrumpían de vez en cuando la monotonía de la tierra labrada. El agudo chirrido de carretas y el canto de aldeanos, eran anunciadores de tranquilidad, cuando no de bienestar. Apenas veinte años de historia habían transcurrido, y ya no se registraban aquellas dramáticas escenas que describe Estanislao Zeballos en "La región del trigo" (2). Llegaban a sitio seguro, más afirmada la tranquilidad de la república por el reciente acontecimiento de la capitalización de Buenos Aires. Y aunque no todos hallarían la tierra apetecida y fácil de adquirir en propiedad, el concepto general en la época relacionado con el arriendo, aun no formaba conciencia clara de la situación del colono sin tierra. Y se la trabajaba con esperanzas pues el país atravesaba período próspero a pesar de la tormenta que se iba gestando en su seno. Estos inmigrantes de 1880 a 1890 formarían el núcleo principal de los trabajadores del campo como peones, medieros o arrendatarios, y contribuirían al desarrollo, incluso demográfico de los pueblos de reciente fundación, tal como lo observa el mismo Ceppi en Santa Fe, "De esas cabañas esparcidas, de esas informes viviendas de barro, han de salir, sin embargo, las poblaciones florecientes. Y que así ha de suceder lo revelan por este lado Esperanza y Pilar; lo revelan por otro, las colonias transformadas en bellísimos pueblos".

En estudios anteriores dijimos que nos faltaba el libro que narrase los momentos épicos de la fundación de colonias, con descripciones sobre llegada de colonos a las tierras que

(2) ESTANISLAO ZEBALLO, *Descripción amena de la República Argentina*, tomo II, pág. 23-24, Buenos Aires, 1883, Ed. J. Peuser.

se les destinaban, enriquecidas las páginas con detalles no sólo verdaderos, sino coloridos, claros, animados por la presencia vívida de los hombres y la naturaleza. A la falta de ese libro, se une también la de otro: el que describiera la vida de la colonia con criterio humanista, excluyendo cifras y carente de elogios destinados a reclutar prosélitos para la propaganda de emigración, un libro, digo, y no escenas aisladas dentro de numerosos temas, puesto que no por rudimentaria la existencia colectiva en los campos, hasta entonces desiertos, ofrecía escasa materia. La ausencia de tal testimonio se explicaría en nuestro país y en esa época por nuestra incipiente formación en la novela, y en libros de costumbres. Otros temas reclamaban la atención de escritores argentinos y el avance en colonización era estudiado en aspectos de trascendencia en otro orden. Ceppi —como D'Amicis entre los italianos, o Zeballos, por citar un argentino— fué también viajero de paso por las colonias y a pesar de que en otra oportunidad dijo: “Para penetrar ciertos detalles de la vida de un hombre o de un pueblo es preciso mezclarse, confundirse con esa vida, sorprenderla, estudiarla de cerca en todos los momentos en que puede presentarse bajo un aspecto diferente”, *transitó* por colonias y sólo trazó cuadros vistos desde el pescante del carruaje, la ventanilla de un tren o con detalles conocidos durante el tiempo que se destina a visita fugaz. Y así, no abarcó en las pocas páginas del artículo “La vida de los colonos”, lo que quisiéramos conocer con amplitud. Desde luego, no censuramos su procedimiento; lamentamos que no legara testimonio más completo. Es cuestión de expectativa desencantada... A juzgar por los libros posteriores de Ceppi, tampoco parece que haya realizado su deseo de escribir sobre colonización en Santa Fe. Y así, sólo nos dejó en el aspecto de referencia, unas cuantas páginas estimables esbozando la vida familiar de los colonos. Podemos transcribir algunas puesto que se desconocen por completo, ya que deben buscarse en los archivos de la Nación o en su libro de 1888:

“Así que si un campanario y algunos grupos de casas pueden anun-

ciar la existencia de alguna colonia ya antigua, sólo alguna que otra choza, cuyo color se confunde con el de la tierra, y que tomaríais por aquellos túmulos que diz levantaban a sus héroes y guerreros después de un combate los pueblos antiguos, revelan la existencia de una joven colonia.

Pedazos cuadrados de tierra, de dos o tres palmos por lado arrancados con sus yerbas y raíces para que sean más consistentes y sobrepuestos hasta formar una pieza de más o menos extensión, cubiertas con una mezcla de ramas y barro, forman lo que impropiaemente se llama casa de los colonos, cuando estos todavía son simples medieros o no han adquirido totalmente la propiedad de los terrenos que trabajan. Nada impediría tuvieran un alojamiento menos primitivo; pero el colono astuto, especulador, no se resuelve a ejecutar costosas trabajos y hacer sacrificios en terrenos cuya propiedad no sabe si llegará o si le vendrá adquirir.

Sólo cuando esto sucede, sólo cuando ha redimido su terreno o adquirido otro se decide a construirse una morada menos incómoda o más espaciosa con adobes o ladrillos.

Allí viven, pues, en pocos metros cuadrados de superficie, y sobre el húmedo suelo, padres e hijos, niños y adultos, y viven de un método de vida tan sobrio y sencillo como el lugar que los abriga. Algunos caires desvensijados, o jergones de paja tendidos en el suelo y cubiertos de algo que se parece a colchón, alguna silla, y alguna mesa improvisadas por el mismo colono en las interminables noches de invierno, los enseres indispensables a la preparación y comida de los rudimentarios manjares, forman el ajuar de la casa, cuyo rústico aspecto contrasta con el de las máquinas agrícolas, que se perciben a la entrada o en los rincones de la habitación.

Los colonos de Santa Fe, en los primeros años de su residencia, comen poquísima carne; sobre que cuesta dinero y su único afán, su aspiración constante es ahorrar, para llegar a ser cuanto antes propietarios, o ensanchar su posesión con tierras y ganados, el ir a buscarla significa molestia y pérdida de tiempo, y por eso se contraen a los elementos que tienen a su disposición galleta, huevos, leche —que toman sin azúcar— manteca y de vez en cuando en las grandes solemnidades algún pollo, sin contar conque muchos matan un cerdo una vez al año. Muy rara vez compran carne. Tampoco suelen beber vino: muchas familias sólo algunos domingos se permiten ese lujo.

*
* *

¿Cómo dar una idea de la vida de esas familias en los largos meses del invierno, cuando no piden los campos toda la actividad del agricultor, y los cierzos y los fríos obligan a recogerse y abrigarse!

Sin distracciones, sin comodidades, sin comunicación con el resto del mundo, los miembros de esas familias, después de concentrar unos en otros sus afectos, cuidan inmensamente a sus animales, y poco distraída su observación por número de objetos y variedad de impresiones, se fijan en el árbol que crece en los pollos que nacen, en los campos que reverdecen, en las legumbres que brotan, en las nubes que pasan en mil cosas que se escaparían a la observación del que no tuviera su vida tan absorta en la naturaleza como la tienen los coloros.

Aunque generalmente se acuestan en invierno con la última luz del crepúsculo y se levantan con los primeros albos del día ¡qué serie inacabable de recuerdos sobre la patria y los parientes lejanos, sobre las alegrías y los dolores, los goces y padecimientos del pasado, vienen a mezclarse y confundirse en esos meses con una serie halagüeña de proyectos y esperanzas para el porvenir!

Cuando es necesario ir al campo, se ausenta generalmente toda la familia del colono, quedando las aves de corral al cuidado de algún perro, el ganado a cargo de los niños menores de doce años, desde cuya edad ya ayudan a los padres en las faenas agrícolas, porque allí todos trabajan en la preparación de la tierra y siembra de trigo, hombres y mujeres, viejos y jóvenes.

En esos días suelen llevarse el almuerzo, volviendo a comer a casa. ¡Qué idilios conmovedores se verían si fuese posible presenciar el regreso, al caer de la tarde, de estas familias ateridas de frío o quemadas por el calor, rendidas de cansancio desfallecidas de hambre! Los niños, si no han ido con los padres, salen gritando hasta buen trecho de la casa, quejándose de que han venido tarde, y el gato el perro y una diputación de gallinas, presidida por el gallo, salen también a algunos pasos de la casa. Mientras el perro hace fiestas al amo el gato alza la cola, encorva el lomo y de un cariñoso refregón a las faldas de su ama, que no adelanta sin trabajo por tener que satisfacer a los insistentes manifestaciones de los niños y de los animales, que la rodean y la piden, acda cual a su manera. Cuando en setiembre y octubre los campos de Santa Fe se convierten en inmensas alfombras verdes, cuyo suave movimiento semeja al de las olas del mar, late entonces de alegría el corazón del colono al ver que sus trigos con tanto afán y tanto amor sembrados y cultivados empiezan a trocarse en el color de la esperanza, y esa alegría se va ensanchando a medida que el color de la esperanza se va trocando en el color del oro.

Tan rara vez suelen tener visitas y ver forasteros los colonos, que se deshacen en obsequios cuando alguien se llega por alguna causa hasta sus apartadas viviendas, y sufren si no pueden convidar de algún modo.

Visité un día —me dijo un amigo— la casa de un colono acomodado, y mientras el jefe de la casa contestaba amablemente a mis preguntas investigadoras, comocí en las idas y venidas de la dueña, en las pregun-

tas inconexas, en las miradas furtivas, en el extraordinario movimiento que notaba a mi alrededor, que algo se tramaba para obsequiarme, lo que me indujo a abreviar mi visita y alegar prisa para despedirme, no porque quisiera desairar a aquella gente si no por el temor de verme obligado a tomar o probar algo, que indispusiera por una semana a mi delicado estómago.

—No se apresure; todavía es temprano —me objetaba el colono— No hay remedio, tengo negocios urgentes.

—Pues en seguida se irá... en cuanto tome un bocado.

—Pero si acabo de comer...

—No importa.

Y quieras que no, tuve que probar un par de huevos fritos, una morecilla, y tomar un trago de vino.

Esto, poco más o menos, sucede siempre que se visita alguna casa de colonos, especialmente si son de la alta Italia, suizos o vascos.

* *
*

Los días de fiestas los colonos se mudan, poniéndose camisas limpias y su traje mejor entre los que trajeron del país de origen, traje que tal vez heredaron de sus padres, y dejarán probablemente todavía a los hijos, y estos a los suyos. Generalmente los colonos no compran ropa en América; se pasan la vida haciendo servir la que han traído de Europa, cosiéndola, arreglándola, transformándola dándola vuelta, y si algo compran es para los hijos. Hay prendas, sin embargo, que resisten dos o tres generaciones, y que después de haber servido a los abuelos, a los padres, a los hijos y a los nietos, merecen los honores de la celebración de un centenario por el estado de resistencia y solidez que aun presentan, tales son algunas sábanas, cuyo roce solo puede resistirlo el cutis de bronce de esa gente, algunas chaquetas y no pocas camisas de la misma tela de las sábanas y con cuellos de medio palmo de alto. No dejaría ciertamente de ser curioso un estudio sobre la indumentaria de los colonos en alguno de los días señalados en que suelen reunirse, ni dejaría de excitar la risa y el buen humor la vista de aquellas antigüedades ambulantes que van ostentando las rayas y asperezas de su superficie, como dientes que enseñan a la moda burlándose y escarneciéndola, dispuestas a dejarla torcida de un refregón, si tiene la osadía de aproximarse (*).

Los domingos y días solemnes no solo los dedican los colonos al descanso, sino que se permiten echar con frecuencia una cana al aire haciendo una excursión con la familia a una pulpería cercana, en carros de su propiedad, los que tienen, o agregados a los de algún vecino los

(*) Ceppi debió describirlas.

que no tiene. En las pulperías rocían con sendos tragos de vino o de cerveza —según las nacionalidades— los manjares que suelen traer de sus casas preparados, y al caer la tarde vuelven alegres y satisfechos al hogar, entonando en leguas y dialectos varios, patéticos cantares, desde las suaves canciones del mediodía hasta las notas guerreras del norte.

Otro de los espectáculos dignos de atención en los días de fiesta, es la reunión frente a la puerta de las respectivas iglesias de un gran número de carros, que han traído a las familias a cumplir con los deberes religiosos.

Mientras las mujeres asisten en la iglesia a la celebración de la misa, los hombres, cuyo fuerte no es ciertamente el sentimiento religioso, forman grupos frente a la iglesia y hablan de los precios del trigo, de los bueyes, de los cerdos, de las mercaderías, realizan compras y ventas, y se ocupan de la próxima cosecha, del tiempo, de la siembra, de todo lo que pueda directa o indirectamente interesarles”.

La influencia trascendente italiana no residiría en su acción directa sobre el trabajo, sino en las cualidades generales de la nación. Porque aun habiéndose incorporado muchos millares de individuos sin cultura desarrollada, traían en sus hábitos sus tendencias, su formación, la fuerza moral que crea atmósfera en los pueblos y que, cuando las condiciones de un país la favorece, desenvuelve las cualidades más estimables. Se incorporó con ellos un elemento étnico que estuvo destinado a contribuir a la formación de un concepto propio en el modo de vivir, que se traduce en la inclinación hacia el ahorro, la previsión, el disfrute de los bienes, y cierta resistencia a lo que contraría los intereses propios. Eran cualidades comunes en los italianos, y las transmitieron a sus descendientes en la diaria vida del hogar legándoles por herencia biológica, un temperamento que se singulariza por su optimismo creador, capaz de resolver dificultades comenzando por no anodarse ante ninguna.

Vaticinó Ceppi la importancia que adquirirían las cualidades propias de los italianos cuando estuvieran fusionados en la vida del país y cuando sus hijos participaran en todos los órdenes de la actividad social. Esa influencia puede observarse en las artes y en las letras. Influencias no de escuelas, sino de cualidades humanas. Sus caracteres son suficientemente claros

en el teatro, en la poesía nacional. El fenómeno es tan reciente que aun estamos dentro de ese ciclo viviéndolo en conjunto, y bastaría citar poetas y pintores, para tener polarizadas en las artes esas resultantes complejas que auguraba Ceppi. “Ni digan los americanos que las gentes que reciben, por su rusticidad e ignorancia, no llevan consigo las cualidades del pueblo de origen y que no pueden tener sentido artístico alguno, como si en vez de los aldeanos, de los jornaleros y de los pobres hubiesen de emigrar los propietarios y los instruidos; ni digan eso, porque contestaremos con Settembrini que un pueblo con el tiempo cambia de ideas, sentimientos, costumbres, pero no cambia de fantasía, la cual da las formas. “Se circunscribió aquí Ceppi a la fantasía, pero no sería ella sola la más digna de atención —pues otros pueblos la poseen y más poderosa —sino el clima doméstico y el creado en torno a las labores y las aspiraciones. Los elementos proporcionados a la fantasía por la realidad que contribuyó a crear la inmigración, se encuentran acrisolados en los descendientes y orientados dentro de las ideas argentinas. Este aporte a la sinópsis de nuestro pensamiento creador, para decirlo con expresión común en los italianos, *lo traían en la sangre* los inmigrantes que Ceppi vió desembarcar y deseminarse luego por todo el país.

A pesar de que su libro adolece de insuficiencias comunes en los de igual tema de su época, seleccionados y agrupados sólo los artículos con asunto de inmigrantes y colonizadores constituye un documento de valor para ser utilizado con provecho por quién se proponga estudiar los orígenes de nuestra actual característica étnica y sus derivaciones sociales.

GASTON GORI

